

Tres hombres y un destino

JOSÉ LUIS LANASPA

Algo de parábola de nuestro tiempo tiene la historia representada en el teatro Reina Victoria por esos tres grandes de la escena española, José Luis López Vázquez, Agustín González y Manuel Alexandre, más la inconfundible voz de Fernán Gómez que pone punto final a la historia. Eso de recluir a “los mayores” en el recinto de la llamada “tercera edad” bajo el techo quebradizo de las pensiones, no parece una medida razonable ni para los afectados ni para el buen funcionamiento de la sociedad.

La inteligencia, el buen sentido, no son cualidades que desaparezcan con los años. Y eso es lo que parece que quieren hacernos ver los protagonistas, tres veteranos actores que amordazan a Miguelito (Eduardo Antuña), el propietario de un teatro, para que acepte llevar a escena el “western” que han ideado. Son tres seres humanos que no se resignan a lo que los dueños del cotarro, economistas, empresarios, políticos... dictaminan: que este mundo se termina con la juventud, y que después de los sesenta años (incluso de los cincuenta y algo) hay que vivir jubilados y, en el mejor de los casos, a la espera de nada.

Tres hombres y un destino, comedia de Luis Lorente, Carlos Asorey y Eduardo Galán, reúne a estos tres actores, con edades

TEATRO

entre los 74 y los 87 años, que demuestran sobre las tablas con humor y melancolía que el teatro como reflexión es algo más que lo que reflejan tantos bochornosos espectáculos que confunden a los jóvenes y en los que únicamente cuenta el dinero. Con humor, pero al fondo de la obra hay una crítica a una sociedad, que desde el escenario se califica de “idiotización cosmológica” ante la que los protagonistas se rebelan. El numeroso público aplaude a estos tres singulares

actores que afortunadamente no están jubilados.

El Lazarillo de Tormes

Desde que apareciera a mediados del siglo XVI (estamos en el XXI) la primera edición de *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades* (fortuna quería decir “mala fortuna”), aquella obra, por lo que cuenta y por su riqueza lingüística y literaria, sigue viva dentro y fuera de España. Ahora, en un recorrido por los escenarios, ha llegado al teatro Infanta Isabel, de Madrid, en una adaptación de Fernando Fernán Gómez e interpretada por Rafael Álvarez “El Brujo”. Acercarse a ella es acercarse a la condición humana tan llena de contradicciones, sobre todo, cuando la Fortuna es contraria al individuo, que tiene que remar con fuerza y maña, como reconoce el propio Lazarillo, para llegar a buen puerto a ser posible sin deshonra.

Muchas veces no es posible, y así se ha reflejado en nuestra creación literaria. Y lo peor es que la picaresca pasó a ser un síntoma nacional. El doctor Marañón, en un singular prefacio, escrito en dolorosos tiempos de postguerra, se lamenta del “mucho mal que nos han hecho estas historias picarescas, en las que el ingenio inigualado de sus autores dio patente de corso a la bellaquería, y creó en las gentes el desaliento que produce la injusticia entronizada, y ante el mundo engendró la falsa idea de una España desharrapada y cínica”.

Pero el *Lazarillo* va más allá de la picaresca de otros renombrados relatos que le siguieron. Como recuerda en la presentación su actual y extraordinario intérprete, Rafael Álvarez “El Brujo”, esta obra trata de la marginación, el hambre y la vivencia dura de la infancia. Y “los paralelismos entre el mundo del infante que acompaña al ciego y la situación de tantos niños del tercer mundo que mueren de inanición son obvios. La historia se repite una y otra vez”. Lo cierto es que, tanto la versión de Fernán Gómez, como la interpretación de ese “brujo” de los escenarios llamado Rafael Álvarez, se acercan, con la debida inteligencia, a esa inmortal obra de autor anónimo que sigue viva a través de los siglos.

Y un entremés cervantino

Como es sabido, don Miguel de Cervantes sacó tiempo no sólo para “poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballería”, sino también para otras críticas más ligeras de su tiempo, los “entremeses”, con los que se procuraba entretener a los espectadores en los entreactos de las obras largas.

Y uno de sus más famosos “entremeses” fue *El retablo de las maravillas*, que ahora acercan a la actualidad Els Joglars bajo la dirección de Albert Boadella. ¿Cómo vería Cervantes a los interesados que se mueven hoy en la política, en los medios de comunicación, en la religión, en el arte moderno, en la gastronomía...? Algo así

parece que se preguntan los componentes de este grupo teatral. Y trasladan al escenario lo que puede pensarse con sentido común sobre ciertos protagonistas de la vida pública, pícaros y aprovechados, que tratan de vender mentiras como si fueran verdades salvadoras, que algunos necios o interesados se creen.

Vamos hacia una sociedad en la que parece que está prohibido pensar: ni la moda sirve para

proteger el cuerpo, ni la nueva cocina para alimentarse, ni el arte moderno se sabe lo que refleja... “Es la paradoja clásica —advierte Boadella— de cómo los cretinos pueden vendernos la nada a costa del temor de sus semejantes a pasar por cretinos. No obstante, a pesar de ello, la humanidad ha seguido evolucionando porque siempre han aparecido en última instancia niños denunciando la desnudez del rey. Sin embargo hoy los niños están domesticados, los artistas comprados con dinero público y los filósofos ejerciendo de funcionarios. Así, los retablos campan a sus anchas promocionados por las más altas instituciones y vendidos por los ‘media’...”.

Este “retablo”, que se estrenó en Sevilla, ha llegado con algunas variaciones al teatro Albéniz de Madrid, porque la actualidad en estos tiempos es vertiginosa. Ramón Fontseré es el actor que relaciona el curso de la obra y le acompañan con acierto, entre otros, Minnie Marx, Dolors Tuneu, Pilar Sáenz, Jesús Angelet, Pep Vila, Xavi Sais y Xavier Boada. El público aplaude, y más cuando aparece al final en una pantalla la figura de Cervantes. Quién se lo iba a decir en vida a aquel genio de desventuras.